

MODAS Y MANÍAS, O CHULETAS Y GABANES, O ECONOMÍA DE INDUMENTO

INTROITO.—AMENAZAS GRAVES.—LAS ENAGÜILLAS Y LAS PECHUGAS.
EL ALCALDE.—UN PROBLEMA.—NO HAY QUE DESBARRAR.—
«VOX POPULI».—LATINES INVERNALES.—JOB DOBLE.—PIEL
DE NUTRIA Y PELLEJO DE CONTRIBUYENTE.

Lector.—Me parece a mí que con el triple epígrafe había bastante; el sumario resulta inútil.

Sogalinda.—Eso le parecerá a usted.

L.—Y a todo el mundo.

S.—A ver por qué.

L.—Primer epígrafe «Modas y manías».

S.—¿Cuál es el segundo?

L.—«Chuletas y gabanes».

S.—¿Y el tercero?

L.—«Economía de indumento».

S.—De modo que es, según usted, un triple epígrafe; triple como el Anís del Mono, o los tres ratas de *La gran vía*. ¿Pero no ve usted que esos tres epígrafes (según la cuenta de usted) forman una sola línea y, por tanto, hacen un solo epígrafe?

Corriente; pero como yo soy quien tiene la pluma en la mano, o lo que es lo mismo, la sartén del mango, o si a usted le place el amo del guitarra, suena éste como yo quiero.

L.—Muy bien; pero es el caso.....

S.—Que no me leerá. Lo sentiré mucho.

L.—Se conoce.....

S.—Sí, señor, sí; lo sentiré mucho que me prive del honor de leerme y me alegraré por usted—no soy egoísta—, porque como pienso ser a ratos moralista, se aburrirá mucho.

L.—¡Paciencia! Venga de ahí.....

S.—Gracias; es muy amable.

Si le parece, lector respetable, empezaremos por el eterno tema de las enaguïllas y de las pechugas, aunque sólo incidentalmente, porque la madre del cordero es otra. Quiero decirle con esto, que el verdadero objeto de estas cuartillas no son las modas femeninas, sino las masculinas.

Ya nos hemos acostumbrado a ver a las mujeres vestidas con zara-güelles valencianos y con enaguïllas de cristo viejo, y no llaman nuestra atención demasiado. Tampoco nos escandalizamos constantemente al admirar las pechugas. ¡A todo se acostumbra uno, hasta a lo bueno!..... Solamente nos alteramos un poco cuando alguna pechuga va al descubierto hasta las cercanías del nudo gordiano, digo del nudo umbilical. Entonces nos acordamos de que cualquier municipal *internacional* interviene el mejor día y la propietaria de aquella preciosidad da con sus huesos en presencia del señor Alcalde, D. Mariano Zuaznávar, quien la impone la multa debida por fresca y por desahogada.

En este caso de la prolongación de los escotes, hacia el sur se presenta el problema o doble problema del uso del corsé, porque a medida que se aumenta la pechuga debe disminuir la altura del corsé, chisme causante de tantos males.

Y si el corsé se suprime, ¿dónde se sujetan las ligas modernas? Porque antes las ligas se amarraban debajo de la rodilla, pero ahora, con los adelantos modernos, se enganchan al corsé, según dicen las personas enteradas de intringulis tan complicados y aparejos tan difíciles.

Con la higiénica determinación de suprimir el corsé, se volverá al antiguo sistema de ponerse las ligas en su sitio de siempre o habrá que engancharlas a los *sostenedores*. ¿Que qué es eso? Pues vean ustedes las revistas de modas o los catálogos de los grandes almacenes de ropa para señora y se enterarán. Yo no explico aquí ni a tiros.

L.—¡Si es usted muy prudente!.....

S.—¡Digo! Para que se *meta* conmigo el señor fiscal eclesiástico.

L.—Al señor *Segura* le llevan preso.

S.—Nunca fiando.....

Bien; pues en caso de no engancharse las ligas en los..... bueno; en eso, o porque no los llevan o no les hace falta por cualquier razón.....

L.—¿¡Señor *Sogalinda!*?.....

S.—.....por cualquier razón de estética, ¿dónde se enganchan las

tales ligas? No veo otro modo de hacerlo sino es poniendo en uso, entre las hermosas, los tirantes masculinos.

La aplicación de este utensilio masculino para las damas no tiene dificultad ninguna tratándose de la fachada posterior; pero ¿y cuándo se trata de la fachada principal? Entonces el problema se complica extraordinariamente, no encontrándose solución posible a poco decorada que esté esa fachada principal. De modo que en derredor del cuerpo de la mujer hay, entre cintas, cordones y cuerdas, más jarca que tiene una fragata en su arboladura.

L.—A todo esto nada dice de los colores de las ropas femeninas.

S.—A eso voy. En mi opinión son detestables los ahora usados y que, por tanto, favorecen poco o nada—o mejor dicho, bien nada— a nuestras bellas.

Vaya un ejemplo.

Supóngase usted, caro lector, una linda joven quincera con zapatos blancos, medias blancas, falda blanca, *gabardina* amarilla y sombrero blanco, y que disfruta la interesada de un pelo, cabello, cabellera, mata de pelo o como quiera decirse, de color *rubio cenizo* y parecerá una hada que surge de un perol de huevos, dispuestos en un taller de confitero para hacer golosinas.

L.—Lo mismo pienso yo.

No hay que desbarrar.

¿Pero no ha dicho usted antes que hablaría de las modas femeninas incidentalmente?

S.—Sí, señor. Por eso voy a hablar ahora de las masculinas.

Para hacer una descripción razonada lo mismo cuando se trata de una catedral como de un barbilindo, se debe comenzar por abajo; comenzaré, por esa razón, por los pantalones masculinos. La moda o manía de llevarlos doblados por abajo es muy *chirene*, que dicen en Bilbao. El sastre prepara la prenda para vestirla sin dobleces, pero el parroquiano se empeña en lo contrario y los lleva doblados, lo mismo cuando hay barro que cuando hay polvo, igual que cuando hay sol o llueve, haga frío o calor, corra viento o esté en calma el aire, así esté el mar llano, como rizado, venga de través o haya mar de fondo; el caso es ir a contrapelo del sentido común, que dice debe llevarse la prenda como la hace el sastre. Por lo visto hacer esto no es de buen tono. No se sabe todavía si serán anchos o estrechos, rectos o de forma *odalisca*.

La frecuentemente estúpida *vox populi* dice poco más o menos:

Antes de la Concepción
no te pongas el ropón;

significando con ese dístico, antes del día 8 de Diciembre no hace frío y que por esto no es preciso abrigarse. Supongo se referirá el adagio a Andalucía, pues por estas latitudes en Noviembre se precisa abrigarse so pena de atrapar una pulmonía fulminante y tener que llamar por teléfono al señor cura de la parroquia.

El mismo dístico, cambiado, manda:

Por San Antón
quitate el ropón.

¿Por *cualo*, San Antón? Por San Antonio Abad (el del cerdo) el 17 de Enero no será, al menos en este país, por razón del fresco que hace en esa fecha. Si se refiere a San Antonio de Pádua, el 13 de Junio, ya varía el consejo, que es innecesario, puesto que en ese tiempo, aun estando en el norte no se necesita abrigarse o sea ropón. De manera que una vez por fas y otra por nefas, resulta la conseja inútil.

¡Oh, la *vox populi*!

Ateniéndose a los dichosos versos, no se sabe cómo acertar.

Existe, sin embargo, una autoridad en la materia, que da el raro resultado de ir o no a cuerpo, sin ropón. Esa autoridad es Charles Gide, profesor de Economía Social en la Facultad de Derecho de la Universidad de París y en la Escuela Nacional de Puentes y Caminos. Este autor, en su obra «Cours d'Economie politique», volumen cuarto de 871 páginas, lujosamente impreso en París, dice en la página 45 de su libro, textualmente: «Para defenderse contra el frío no basta tener un buen gabán, es necesario haber comido bien». Este, este es el quid del asunto. Comer bien. Comiendo bien, el ropón, el abrigo, es el complemento para tener buena temperatura.

Y entra, ahora, la médula de este escrito. Mucho joven *fashionable*, elegante, a la moda, han dado en la manía de ir en invierno por la calle a cuerpo gentil, desafiando al frío, para demostrar, sin duda, que ha comido bien. A imitación de éstos, socios que no deben ser *fashionable life* (porque ya sabemos cómo comen), van también a cuerpo, sin gabán ¿economía de indumento? para dar a entender que ellos, como los otros, llevan el estómago bien reparado, y estos casos se dan.

L.—Otro de los casos de poca ropa será también cuando un imbécil con muchas pretensiones y poco o ningún dinero sueña con grandezas imposibles en gente de pobre vida y baja extracción, aunque para disimular su procedencia de escalera abajo se forre en una levita embustera (forrada de satén *chiné*; a poco digo de negra percalina), tapadera inconsciente de infundadas apariencias. Todas estas gentes son buenas y cursis, aunque sencillas e inofensivas, incapaces de molestar a nadie ni de hacer daño a nadie.

S.—Es grande el riesgo que corren esos jóvenes sin gabán. El invierno nos viene ya pisando los talones con sus frío y fuertes vientos (*Qui fecit ventus pondus, et aquas appendit in mesura*. Job, cap. 28, versículo 25) y con sus tempestades y galernas y lluvias (*Quando ponebat pluvius legeni et viam procelles sonantinus*. Job, cap. 28, vers. 26). En resumidas cuentas, que se ha establecido la competencia entre las chuletas y los gabanes, venciendo aquéllas y quedando éstos en segundo término, para sólo los días en los cuales el termómetro marca a las doce del día y con buen sol, en la calle, unos grados bajo cero. Entonces los jóvenes por muy *fashionables* y por muy *comm'il faut* que vistan, no tienen otro remedio que apencar con el abrigo, ropón, gabán, a lo que tengan más a mano y dejarse de *fachonerías* y fachendas y abrigarse como cualquier modesto y humilde mortal de la clase corriente y ordinaria. Con esa temperatura no hay posibilidad de hacer economías en la indumentaria, yendo por la calle a cuerpo gentil, que, como ustedes han visto, será en el invierno próximo (como lo fué en el anterior) el *non plus ultra* de la moda masculina y de la elegancia morrocotuda. Desmintiendo con esta moda, una vez más, el *vox populi* que manda no ponerse el ropón en Noviembre, ni quitárselo cuando a uno le dé la gana.

¡Ah! Se me olvidaba un detalle.

Si el gabán—que no se ha de usar—se destina a algún aristócrata legítimo y adinerado, debe ser de paño fino inglés, de ese que no pesa y abriga, y debe ir forrado de astracán, también fino, de seda, o de piel de nutria, también legítima; pero si se fabrica para algún *parvenu* es *súfcit* que sea el forro de pellejo de contribuyente auténtico.

Y basta de modas.

SOGALINDA